



Seix Barral Biblioteca Formentor

Siri Hustvedt

Los ojos vendados

Traducción del inglés por
Claudio López de Lamadrid

Título original: *The Blindfold*

© Siri Hustvedt, 1992

© por la traducción, Claudio López de Lamadrid, 2006

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.es

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: febrero de 2018

ISBN: 978-84-322-3341-8

Depósito legal: B. 1.004-2018

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

No se permite la reproducción parcial o total de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Aún hoy a veces creo verlo en la calle, de pie junto a una ventana o inclinado sobre un libro en una cafetería. Y en ese instante, antes de caer en la cuenta de que se trata de otra persona, se me encoge el estómago y me quedo sin respiración.

Lo conocí hace ocho años. Yo acababa de graduarme en la Universidad de Columbia. Ese verano hacía mucho calor y me costaba dormir por las noches. Me quedaba echada en mi apartamento de dos habitaciones de la calle Ciento nueve Oeste escuchando los ruidos de la ciudad. Me dedicaba a leer, escribir y fumar hasta que se hacía de día, pero algunas noches en las que el calor me abatía hasta el punto de impedirme trabajar, contemplaba a mis vecinos desde la cama. Miraba a través de la ventana atrancada, por el estrecho extractor al apartamento enfrente del mío, y veía a los dos hombres que vivían allí deambular de una habitación a otra, medio vestidos y sofocados de calor. Un día de julio, no mucho antes de conocer al señor Morning, uno de los hombres se acercó desnudo a la ventana. Había oscurecido y se quedó allí durante un buen rato con el cuerpo iluminado desde atrás por una lámpara amarilla. Me camuflé en la oscuridad de mi habitación y en ningún momento supo que yo estaba allí. Esto sucedió dos meses después de que Stephen me dejara, y yo pensaba incesan-

temente en él, revolviéndome en las sábanas húmedas, incómoda, angustiada.

Durante el día me dedicaba a buscar trabajo. En junio había hecho una investigación para un historiador médico. Cinco días a la semana me sentaba en la sala de lectura de la academia de medicina de la calle Ciento tres Este, y me dedicaba a llenar fichas con información sobre enfermedades importantes —peste bubónica, lepra, gripe, sífilis, tuberculosis—, así como otras aflicciones más oscuras que ahora sólo recuerdo por sus nombres: codo del tenista, fiebre del heno, enfermedad de Ragsorter, rodilla de la criada y fiebre del dandi. El doctor Rosenberg, un octogenario que hablaba y se movía muy despacio, me pagaba seis dólares a la hora por llenar esas fichas, y aunque nunca entendí qué utilidad les daba, jamás se lo pregunté, temerosa de que la explicación durase horas. El trabajo concluyó cuando mi jefe se fue a Italia. Siempre había sido una estudiante pobre, pero la partida del doctor Rosenberg me dejó en una situación desesperada. No había pagado el alquiler del mes de julio, y no tenía dinero para el de agosto. Me acercaba diariamente a la Facultad de Filosofía para mirar en el tablón de anuncios las ofertas de trabajo, pero siempre que llamaba por alguna en concreto ya habían cubierto el puesto. En cualquier caso, así fue como descubrí al señor Morning. Una pequeña nota escrita a mano anunciaba el puesto: «Se busca. Ayudante de investigación para un proyecto ya en marcha. Preferentemente estudiantes de Literatura. Herbert B. Morning». Bajo el nombre había un número de teléfono, y llamé de inmediato. Antes de que acabara de presentarme, un hombre con una bonita voz me dio una dirección en Amsterdam Avenue y me dijo que me personara allí cuanto antes.

Estaba nublado pero el sol resplandecía, y parpadeé al cruzar la puerta del edificio de apartamentos donde vivía el señor Morning. El ascensor estaba estropeado, y recuerdo cuánto sudé mientras subía las escaleras hasta el cuarto piso. Todavía puedo ver su expresión atenta en el umbral. Era un hombre muy pálido con una nariz grande y atractiva. Respiraba pesadamente cuando, al abrir la puerta, me hizo pasar a una diminuta y sofocante habitación que olía a gato. Las paredes estaban abarrotadas de estanterías, y por toda la habitación había más libros amontonados en torres que se inclinaban. También se veían altas pilas de periódicos y revistas, y debajo de una ventana con la persiana bajada había un montón de ropa vieja o harapos. El centro de la habitación estaba ocupado por un imponente escritorio de madera, y sobre él había una docena de cajas de diferentes tamaños. Cerca del escritorio había una cama estrecha, y sus arrugadas sábanas estaban plagadas de más libros. El señor Morning se sentó detrás del escritorio y yo en una vieja silla plegable al otro lado. Por un agujero en la persiana se colaba un delgado rayo de luz que caía entre nosotros, y al fijarme vi una nube de polvo.

Me puse a fumar, contribuyendo a enrarecer más el ambiente de la habitación, y observé la piel de su cuello; de un blanco lunar. Comentó que estaba contento de que hubiera acudido y volvió a sumirse en el silencio. Me contempló sin aparente reserva, abarcando todo mi cuerpo con la mirada. Ignoro si su escrutinio fue lujuria o simple curiosidad, pero yo me sentí asaltada y me volví, y cuando me preguntó cómo me llamaba, mentí. Lo hice a toda prisa, me inventé un nuevo apellido sin vacilar: Davidsen. Me convertí en Iris Davidsen. Lo hice para defenderme, para protegerme de un peligro amorfo, pero el nombre falso acabó por obsesionarme; me llevó a otro lugar, me hizo

perder el rumbo y alteró extrañamente todo mi mundo durante un tiempo. Cuando ahora pienso en ello, veo en esa mentira el inicio de todo, una especie de puerta a mi inestabilidad. Todo lo que le dije aparte de eso fue verdad: que mis padres y hermanas vivían en Minnesota, que había estudiado Literatura inglesa del siglo XIX, que había trabajado en investigación y hasta le di mi número de teléfono. Mientras hablaba, él no dejaba de sonreírme, y me dije que tenía una sonrisa íntima, como si me conociera desde hacía años.

Me dijo que era escritor y que colaboraba en diferentes revistas para ganar dinero.

—Escribo de todo y para todos —comentó—. He escrito para *Field and Stream*, *House and Garden*, *True Confessions*, *True Detective*, *Reader's Digest*. He escrito relatos, una novela de espionaje, poemas, ensayos, reseñas..., y en una ocasión incluso el texto de un catálogo de arte. —Sonrió e hizo un gesto con el brazo—. «Las rítmicas telas de Stanley Rubin dejan traslucir una deuda con el manierismo, con Pontormo en particular. Las largas y onduladas formas insinúan...» —Rio—. Y pocas veces firmo con el mismo nombre.

—¿Se esconde detrás de un seudónimo?

—No, señorita Davidsen, yo nunca me escondo, escribo aquí, normalmente sentado y a veces de pie, pero siempre a la vista. En el siglo dieciocho lo normal era escribir de pie ante un escritorio. Thomas Wolfe escribía de pie.

—No me refería a eso.

—Por supuesto que no. Verá usted, lo que sucede es que lo más probable es que *True Confessions* no quisiera publicar a Herbert B. Morning y sí a Fern Luce. Es algo tan simple como eso.

—¿Le gusta esconderse detrás de máscaras?

—Me entusiasma. Da cierto colorido y peligro a mi vida.

—¿Hablar de peligro no es exagerar un poco?

—No lo creo. Nada me sobrepasa en cuanto doy el nombre apropiado para cada proyecto. No es una cuestión arbitraria. Requiere talento, genio, si puedo decirlo, dar con el alias apropiado para el hombre o la mujer que vayan a hacer el trabajo en cuestión. Dewitt L. Parker, por ejemplo, escribió el texto de ese catálogo de arte, y Martin Blane, la novela de espionaje. Pero también se corren riesgos. Hasta la planificación más cuidadosa puede torcerse. Es imposible saber a ciencia cierta quién se esconde detrás del seudónimo que yo elijo.

—Ya veo —dije—. En ese caso será mejor que le pregunte quién es usted en estos momentos.

—Querida señorita, tiene usted el privilegio de dirigirse a Herbert B. Morning en persona, sin las trabas impuestas por otras personalidades.

—¿Y para qué necesita el señor Morning un ayudante de investigación?

—Para una especie de biografía —dijo—. Para un proyecto sobre la parafernalia de la vida, fragmentos y piezas, tesoros y desechos. Necesito alguien como usted para que responda libremente a los objetos en cuestión. Necesito un oído y un ojo, un amanuense y una voz, un Viernes por cada día de la semana, alguien que sea agudo y sensible. Como verá, estoy husmeando en la esencia misma del mundo inanimado. Algo así como una antropología del presente.

Le pedí que especificara más el trabajo.

—Empezó hace tres años, al morir ella. —Hizo una pausa como si estuviera pensando—. Una niña..., una chica joven. Yo la conocía, aunque no demasiado. En cual-

quier caso, tras su muerte me encontré en posesión de un puñado de sus cosas, cosas de uso diario. Las tenía en mi apartamento, esto y aquello, lo otro y lo de más allá; objetos perdidos, abandonados, inarticulados pero no muertos. Ahí estaba el quid. No estaban muertos, al menos en la forma en que pensamos en un objeto inanimado. Parecían cargados con una especie de poder. A veces casi podía sentir cómo ese poder los hacía moverse y, tras algunas semanas, me di cuenta de que parecían estar perdiendo esa vivacidad, era como si estuvieran volviendo a su coesidad. Y decidí guardarlos en cajas.

—¿Los guardó en cajas?

—Los guardé en cajas para evitar que nada ni nadie los tocara. Estoy seguro de que esos objetos llevan la huella de ella; la marca de un cuerpo cálido y vivo en el mundo. Y aunque he procurado mantenerlos a salvo, se están enfriando. Lo sé. Ha pasado demasiado tiempo y es urgente que empiece a trabajar. Tengo que ponerme en marcha rápidamente. Le pagaré sesenta dólares por objeto.

—¿Por objeto? —Sudaba en mi silla y cambié de posición, estirándome la falda por debajo de las rodillas, que estaban extrañamente frías al tacto.

—Se lo explicaré todo —dijo. Sacó una pequeña grabadora de un cajón del escritorio y la empujó en mi dirección—. Primero, escuche esto. Le explicará casi todo lo que quiere saber. Mientras escucha saldré de la habitación.

Se levantó de la silla y se dirigió hasta una puerta. Un gato amarillo de gran tamaño salió de detrás de una caja y lo siguió.

—Apriete el play —ordenó antes de desaparecer.

Cuando me disponía a coger el aparato vi junto a éste un cuaderno en el que habían garrapateado las palabras *mano femenina*. Las palabras parecían importantes, y las

recuerdo como la clave de acceso a una vida subterránea. Al poner la cinta en marcha una voz de mujer susurró: «Esto perteneció a la fallecida. Es una sábana blanca de cama individual...». Seguía una meticulosa descripción de la sábana. Incluía hasta la más mínima arruga o mancha, la textura del gastado algodón e incluso la etiqueta de la que, tras repetidos lavados, habían desaparecido las palabras. Duró cerca de diez minutos; todo el discurso fue pronunciado en esa peculiar media voz. La descripción en sí era de lo más tediosa y yo sólo escuchaba pensando en lo que vendría a continuación, suponiendo que las palabras no tardarían en hablar de algo distinto a la sábana. No fue así. Cuando se acabó la cinta, miré hacia la puerta por la que había desaparecido el señor Morning y vi que estaba entreabierta, y que por ella asomaba la mitad de su rostro. Estaba iluminado desde atrás y no podía distinguir sus rasgos con claridad, pero el pálido cabello de su cabeza resplandecía, y mientras se acercaba hacia mí pude oír de nuevo su dificultosa respiración. Intentó cogerme la mano. La aparté sin pensarlo.

—Lo que quiere son descripciones de los objetos de esa chica, ¿no es cierto? —Me di cuenta de la tensión y la formalidad de mi voz—. No entiendo qué tiene que ver una descripción grabada con el conjunto de su proyecto ni por qué la mujer de la cinta hablaba entre susurros.

—El susurro es esencial porque la voz humana es demasiado idiosincrásica, está demasiado marcada por su propia historia. Busco el anonimato para que la pureza del objeto no se ofusque en la verbalización, para conocerla en toda su desnudez. Un susurro carece de personalidad.

El proyecto sonaba extravagante hasta la locura, pero yo me sentía atada a él. La casualidad me había deparado

esa pequeña aventura, y me hacía gracia. También me parecía que, tras su excentricidad, las ideas del señor Morning escondían una suerte de lógica descabellada. Sus comentarios sobre los susurros, por ejemplo, tenían sentido.

—¿Y por qué no escribe las descripciones? —le pregunté—. De ese modo no habría voz que interfiriera con el anonimato que desea.

Observé su rostro con atención.

Se inclinó sobre el escritorio y me miró directamente.

—Porque en ese caso no habría una presencia viva, una fuerza que impulsara el despertar.

Volví a moverme en la silla, me fijé en la pila de harapos debajo de la ventana.

—¿A qué se refiere con despertar?

—Me refiero a que, cuando se los somete a un escrutinio, los objetos en cuestión comienzan a agitarse; a que, a pesar de su mudez, pueden desvelar misterios humanos.

—¿Algo así como pistas para entender la vida de esa chica? Quiere saber cosas acerca de ella, ¿no es cierto? ¿Y no conoce un camino más directo para dar con información biográfica?

—No acerca del tipo de biografía que me interesa.

Me sonrió, esta vez abriendo la boca y permitiendo que admirara sus grandes dientes blancos. «No es tan mayor —me dije— no debe de haber cumplido los cincuenta.» Inclinandose, cogió una caja azul del suelo —una caja de unos grandes almacenes de tamaño medio— y me la pasó.

Empecé a levantar la tapa.

—¡Ahora no! —casi gritó—. No aquí.

Coloqué la tapa en su sitio.

—Hágalo cuando esté en su casa y a solas. Cuando no esté trabajando con él, el objeto tiene que permanecer envuelto y dentro de su caja. Estúdielo. Descríbalo. Deje que

le hable. También tengo una grabadora y una cinta nueva para usted. Ah, sí, y tiene que empezar la grabación con las palabras: «Esto perteneció a la fallecida». ¿Podría tenerlo listo para pasado mañana?

Le dije que sí y salí del apartamento con mi caja y la grabadora, con ganas de ver la luz del día. Me alejé del edificio caminando deprisa y no miré en la caja hasta que hube doblado la esquina y me aseguré de que no podía verme desde la ventana. Dentro había un guante blanco bastante sucio sobre un lecho de papel de seda.

No volví a casa hasta más tarde. Para huir del calor me metí en una cafetería y pasé horas haciendo anotaciones sobre el guante y calculando el número de objetos que tenía que describir para poder pagar el alquiler. Imaginé mis descripciones como composiciones concisas y elegantes, pequeños ejercicios literarios basados en una especie de positivismo tardío del siglo XIX. En ese momento decidí que el objeto podía describirse por escrito. Tomé café y un donut y me sentí feliz.

Pero cuando esa noche puse el guante junto a mi máquina de escribir para empezar el trabajo, parecía haber cambiado. Lo palpé, palpé la apelmazada lana, y luego, muy despacio, me lo puse en la mano izquierda. Era demasiado pequeño para mis largos dedos y no me cubría la muñeca. Mientras lo miraba, tuve la extraña sensación de haber visto el mismo guante en otra mano. Estiré bruscamente de los dedos, hasta que cayó al suelo. No tenía ganas de tocarlo y lo dejé allí durante unos cuantos minutos. La pequeña mano de lana cubierta de manchas y desgarrones se me antojaba terrible, un objeto varado y vacío, carente de sentido y cruel al mismo tiempo. Al fin lo

cogí y volví a meterlo en la caja. No escribiría hasta el día siguiente. Hacía demasiado calor; estaba demasiado cansada, demasiado nerviosa. Me quedé tumbada en la cama junto a la ventana abierta, pero no corría ni una gota de aire. Toqué mi piel pegajosa y miré hacia el apartamento de enfrente, pero los dos hombres se habían ido a dormir y no había luz en sus ventanas. Antes de dormirme llevé la caja a la otra habitación.

Esa noche dieron comienzo los gritos. El sonido me despertó pero no pude identificarlo, y en un primer momento pensé que se trataba de los enloquecidos maullidos de gato que ya había oído a principios de verano. Pero se trataba de una voz de mujer, un largo y gutural lamento que acababa en un gruñido. «¡Para! ¡Te odio! ¡Te odio!», gritaba una y otra vez. El sonido me agarró y pensé en avisar a la policía, pero durante un buen rato me limité a esperar y escuchar. Cuando alguien aulló «¡A callar!» desde una ventana, cesaron los gritos. Permanecí atenta para ver si comenzaban de nuevo, pero todo había acabado. Humedecí un paño con agua fría y me froté el cuello, los brazos y la cara. Y me puse a pensar en Stephen tal como lo había visto a menudo, en su escritorio, con la cabeza apenas vuelta y los grandes ojos fijos en un papel. Esto sucedía cuando su cuerpo aún guardaba su encanto; tenía un poder contra el que batallé y bramé durante meses. Y después desapareció el encanto y la trivialidad lo invadió todo hasta un extremo que jamás hubiera creído posible.

A la mañana siguiente volví a empezar. A la luz del día la caja en la mesa de la cocina había recuperado su anterior inocencia. Sirviéndome de las notas tomadas en la cafetería trabajé rápido, pero no sin dificultad. Observé el guante de cerca, intentando recordar el nombre de sus distintas partes por su textura y el color de sus manchas.

Vi que la punta del dedo índice estaba ennegrecida, como si su propietaria hubiera pasado el dedo a lo largo de una superficie sucia. Pensé que debía de haberse tratado de una persona zurda; ese gesto era propio de la mano principal. Una chica recorriendo con el dedo la barandilla del metro. La imagen despertó un escalofrío de recuerdo: *mano femenina*. Las palabras podían referirse a su mano, a su mano enguantada o al guante en sí. La conexión parecía abundar en significado, pero incluso así lo único que produjo en mi interior fue una sensación semejante a la culpabilidad. Aceleré la descripción, pero cuanto más escribía, cuanto más específica me mostraba con las características del guante, tanto más remoto se volvía éste. Más que fijarlo a la luz de la exactitud científica, la abundancia de detalles hacía desaparecer el guante. De hecho, mi minuciosa descripción de sus decoloraciones y rotos, los hilos sueltos y la palma gastada parecían tener poco que ver con la triste cosita que tenía ante mí.

Por la tarde corregí el trabajo y lo leí en voz alta con la grabadora en marcha. Susurrar me incomodaba; convertía las palabras en algo clandestino, ajeno, y cuando escuché la cinta no reconocí mi propia voz. Sonaba como un niño precoz balbuciendo tonterías desde un rincón invisible de la habitación, y oírlo me hizo sonrojar de vergüenza hasta un extremo que hoy sigo sin comprender.

Esa noche volvieron a despertarme los gritos, pero igual que la vez anterior cesaron al cabo de unos minutos. En esa ocasión no pude volver a dormirme y me quedé tumbada despierta durante horas en un vago tormento, mientras las destrozadas imágenes del agotamiento y el calor poblaban mi cabeza.